

LA LIMOSNA DE LA VIUDA.



SEGUNDA SERIE.—1866.

AÑO XXIV. 4.

¡Dios mío! ¿Por qué lo que voy á referir es solo un cuento? ¡Porque Dios, raramente, vuelve los hijos á su madre!

La casa estaba triste, una viuda la habitaba.

Marta, así se llamaba la viuda, era pobre.

Sin embargo, había conocido en otros tiempos días mas felices.

A los veinte años se había casado con un laborioso artista, que le aceptó por su belleza, por su virtud, por su juventud y sin mirar para nada el estado de su fortuna.

Era un hombre aplicado, rudo y bravo en el trabajo. Dos hijos, Hipólito y Marcelo, fueron el fruto de bendición de esta union.

Desgraciadamente el pobre padre no consultó bastante sus fuerzas, y el deseo de aumentar el bienestar de su familia, le costó la vida.

Marta, ayudada de su anciana madre, trabajaba cuanto podía para sufragar los modestos gastos de la casa.

No lloró, no se quejó; empero comprendió que no había consuelo ya en el mundo para ella. Dedicada completamente á sus hijos, y piadosa para su madre, trabajaba con toda su fuerza y sin descanso ninguno, para ganar el pan de su familia. La anciana Margarita se asociaba con valor á este trabajo.

Sin embargo, el trabajo de dos mujeres, aunque rudo é incesante, daba poco de sí.

Se acostumbraron á las privaciones, al insomnio y al hambre.

Llegó el invierno.

El trigo estaba caro; las privaciones se aumentaron; las enfermedades diezaban los contornos; la muerte que, había entrado en la casa por primera vez para herir al padre, reapareció; hirió al hijo. Un día el pequeño Hipólito que había ido al bosque á recoger ramas seca para el hogar, entró triste, pálido y abatido. La fiebre le había herido; una fiebre maligna y desconocida que el médico no supo calificar ni darla nombre; dos días despues, el niño, como una lámpara á la que falta aceite, se estinguió. Dos enterradores se llevaron el cuerpo, depositándolo en un rincón del cementerio; una capa de nieve cubrió por la noche la tierra recientemente removida.

Al día siguiente, el pequeño Marcelo, único consuelo de las dos desgraciadas mujeres, hizo solo su rezo y se acostó solitario en la cama que durante seis años había compartido con su hermano.

La viuda y la anciana velaron; ¿cómo habrían podido dormir? La madre se ocupó en cerner la poca harina que le quedaba y en remendar los vestidos de Marcelo. La abuela hilaba; la nieve caía á grandes copos; el viento soplaba. En la choza hacía frío.

La anciana, de cuando en cuando, calentaba sus ateridas manos en las débiles llamas del hogar; la joven contemplaba en silencio á la anciana, que, triste, pero animosa, continuaba su trabajo, recordando los tiempos dichosos y felices en que vivía el esposo de Marta y reinaba la abundancia y la alegría.

De repente un recuerdo se despertó en el cerebro de la anciana; recuerdo querido de su hermano Santiago, un brillante joven, soldado en otro tiempo del emperador Napoleón y de los que formaron parte de la campaña de Rusia, de la que no había vuelto.

—¡Ah, si estuviera aquí! exclamó contestándose á sí propia, sería un protector para todos. Con sus robustos brazos ganaría asiduamente el pan de la familia, no nos conoceríamos

la miseria, ¡y quién sabe! la muerte no nos hubiera arrebatado á nuestro idolatrado Hipólito.

Despues siguió en silencio su trabajo, tan solo interrumpido por el chirrido de la rueda de la rueca. Marta tambien soñaba pensando en la horrible frialdad de la tumba en que yacia su querido hijo; dos ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas, yendo á caer sobre sus laboriosas manos.

Amaneció el día triste y helado. La nieve seguía cayendo á copos. La niña Marcela se despertó.

Dos débiles y discretos golpes como los del mendigo que llama, sonaron en la puerta en aquel momento.

La viuda corrió á abrir.

Un anciano, trémulo, atenido de frío, cubierto de nieve, llevando un niño de la mano, en cuyo rostro se notaba una palidez mate, entró en la choza.

Marta, cuyas lágrimas apenas le dejaban distinguir al anciano y al niño, adivinó lo que querian, que tenían hambre: con un gesto sublime y dulce á la vez, guiada de su buen corazón, les enseñó la choza, pobre, fría, y el moribundo fuego del hogar, ofreciéndoles el poco pan que le quedaba.

—Tomad, comed, es bien poco; es el *dinero* de la pobre viuda.

—¡Ángeles del cielo que lo presenciais, que lo veis, volad y llevad ante el trono del Altísimo el generoso óbolo de la pobre viuda!

Dios oyó el ruego, y una escena conmovedora pasó en la pobre y triste cabaña; escena que hace cubrir de lágrimas los ojos y de regocijo el corazón.

El anciano, conmovido por la generosidad de Marta, echó una mirada á su alrededor y comprendió que el pan que le ofrecían era toda la riqueza de la casa. Despues de un momento de reflexion, dirigiéndose á Marta, la dijo:

—Acepto, no para mí, sino para este niño que la bendita casualidad me ha permitido arrancar de la tumba.

Como Marta le miraba asombrada como pidiéndole explicacion de sus palabras, prosiguió:

—Si, es una historia rara; me había colocado en un ángulo del cementerio, buscando un abrigo contra el frío y la nieve. La noche era oscura. De repente la tierra en que me había acostado siento que se mueve, creí que era juguete de una ilusion; pero no, un débil gemido me hace ver que no sueño; vuelvo á oír otra vez el lastimero quejido. «¡Dios mío, esclamo. ¿Será posible que una criatura humana sufra bajo mis piés, condenada á la mas horrible de las muertes?» Con toda la energía que mis fuerzas pudieron desplegar, aparto la nieve, separo la tierra, rompo el atahud y veo este niño, que parecia salir de un largo y prolongado sueño; abre los ojos, me mira y se sonríe. Vedle aquí, señora. Sois mujer, sois madre, no tengais miedo porque lleva aun la palidez, la muerte, en su rostro. Vive, está vivo, miradle.

Marta oía, pero no contestaba.

Todo su cuerpo temblaba, agitado por una indecible emocion. De la narracion del anciano solo una cosa había comprendido: un niño que creían muerto, vuelto al regazo de su madre.

¡Pero esta madre!... ¡Oh, qué idea!

No osa levantar los ojos, entrevé una esperanza, teme que se le desvanezca y que la decepcion sea demasiado cruel.

De repente arroja un grito, grito terrible. Ese niño que está delante de ella, pálido, pero vivo, es su hijo; su hijo muerto, su hijo enterrado en la vispera; su hijo que Dios le

vuelve, su hijo que aprieta sobre su corazón como si temiera que se le escapara otra vez.

—¡Madre! ¡Madre! exclama el niño, me haces daño.

Pero la madre no lo oye, le cubre de besos y de lágrimas.

La anciana, que desde la entrada del hombre en la cabaña no había cesado de mirarle y de contemplar su rostro, exclama:

—¡Santiago! ¡Santiago! ¡Sí, es él!

—¡Magdalena! ¡mi querida hermana! dice el soldado, reconociendo á su vez y arrojándose en sus brazos.

Dios sabe con cuanta efusión y delirio se abrazó toda la familia.

Eran felices: la dicha volvió á la cabaña. Santiago, como había dicho la anciana, con su trabajo halló pan para la familia, y renació la calma y la tranquilidad después de tanto sufrimiento.

Un día empezado con lágrimas y desesperación, concluyó con alegría y acción de gracias al Todopoderoso.

La madre había recuperado á su hijo. La anciana á su hermano.

—¡Dios mío! ¿Por qué lo que he contado es solo un cuento? ¡Porque Dios, raramente, vuelve los hijos á sus padres!

MAURICIO CRISTAL.

UNA VELADA EN EL SIGLO XII.

I.

En la gran sala de recibo de un macizo castillo de las montañas de Leon, entre Bembibre y el puerto de Manzana, se hallaba reunido una noche de marzo de 1117 el castellano con su familia y servidores, alrededor del fuego que en el estenso hogar brillaba, neutralizando con su benéfica influencia la rigurosa temperatura que reinaba en aquella tierra, dentro de pieza tan desabrigada.

Por único adorno colgaba de los roqueños muros inmensa variedad de armas de todas clases, simétricamente colocadas y apercebidas á usarse cuando la ocasión lo requiriese; trofeo muchas adquirido en comarcas sarracenas, y despójo algunas arrancado á los atrevidos piratas normandos, que en época no lejana fueron exterminados sobre las costas de Asturias y Galicia. El piso estaba cubierto de luengos haces de paja, estendidos con el fin de amortiguar la frialdad, escepto bajo los piés de los señores, que se apoyaban sobre pieles de fieras, muertas por el infanzon solariego en los ratos de ocio que le permitian sus empresas militares. Dos ó tres lámparas de hierro alumbraban el espacio ocupado por los concurrentes, dejando los extremos de la sala en completa oscuridad, á causa de su gran lejanía del foco de sus resplandores.

Todos callaban, porque el noble caballero Adefonsus guardaba silencio, entretenido en pasar con distracción su ancha mano por la rizada cabellera del menor de sus herederos, á quien tenía entre las rodillas; únicamente la castellana Theoda, que hilaba acompañada de tres hijas, niñas todavía en cabello (1), interrumpía el silencio cambiando

(1) Así se llamaban las jóvenes solteras por llevar el cabello trenzado sobre la espalda, ó bien suelto y sin recoger, hasta el día de sus bodas.

con estas algunas palabras en voz queda, á que hacían desentonado compás los aullidos alegres ó impacientes de un hermoso lebrél con que el primogénito retozaba mas lejos. A poca distancia de la lumbré descansaba sentado sobre un escaño de madera un peregrino, que, sorprendido por el temporal en aquellas fraguras, había encontrado asilo dentro del castillo á mas de abundante cena, según los restos que se veían esparcidos sobre una pequeña mesa, donde cierto respetable monje apoyaba el grueso rollo de pergamino en que leía con atención.

Después de haber probado Adefonsus una taza de hipocrás que le escanció el paje colocado á su espalda, mandó la llevasen al huésped, diciéndole á la par:

—Apurad en mi nombre, devoto romero, la copa de bienvenida, y referidnos luego, si no os lo impide la fatiga, vuestra peregrinación á los Santos Lugares, rescatados al cabo de manos de infieles, que largos años fueron sus dueños en castigo de nuestros pecados, sin olvidaros darnos cuenta de la razón que os mueve á llevar pendiente al cuello esa cuchilla, tan agena del sayo penitente que vestís, como preciosa debe ser, atendido á lo cuidadosamente enfundada que se halla.

Mostróse propicio el viajero á la cortés insinuación del castellano, y cuando vió á todos los circunstantes agrupados en torno suyo, después de haber hecho sobre sí la señal de la cruz dió principio á su narración en los términos siguientes:

—En el nombre de la Santísima Trinidad, voy á contaros, ilustres damas y muy nobles señores, una historia que resume los principales acontecimientos ocurridos á vuestro humilde siervo allá en los países de ultramar. Que la Virgen inmaculada ponga en mis labios la gracia suficiente para no seros molesto, pagando así á tan cristiana compañía la caridad de que le soy deudor.

Saliendo de los puertos de Galicia y navegando siempre hácia el Norte, con algun derrotero al Poniente, encontramos una grande isla que los antiguos llamaron Albion, á causa de la blanca nieve de que sus escarpadas riberas se ofrecen cubiertas á la vista del que á ellas aporta. Andando el tiempo fué conocida en el mundo con el dictado de Tierra de Anglia ó Inglaterra, y entre los fieles por Isla de los Santos, en razón de los muchos que tuvo la dicha de dar nacimiento en su seno.

—Pasad adelante, buen hombre, interrumpió Adefonsus, que ya tenemos por acá noticia de la insula que nos cita.

—Obedeciendo la indicación de vuestra señoría, continuó el narrador, no mencionaré las excelencias de la famosa ciudad de Londinium, metrópoli y cabeza de tan apartado reino, á la que los naturales han dado en apellidar London, adulterando su nombre latino; baste saber que allí nació y fué criado en el santo temor de Dios, un caballero principal denominado Gilberto Becket, desposado á su tiempo con una señora de igual virtud y noble calidad. Entusiasmado al escuchar las fervorosas relaciones de los muchos cruzados que volvían de la conquista de Jerusalem, ardió en deseos de visitar los lugares santificados con la presencia del Redentor, y obtenido el beneplácito de su esposa, partió para Tierra Santa, donde fué cautivado por los agarenos cuando ya se preparaba á volver á Britania. Prisionero en el Cairo le conocí bastante tiempo, y compañeros de infortunio trabamos relaciones de amistad íntima que solo terminarán con la vida. Pero la suerte de los cristianos de Oriente iba pronto á experimentar un cambio favorable. La batalla de Ascalon secundada por las brillantes hazañas de

Balduino, humilló el poder de los califas Fatimitas de Egipto, que amenazados á la vez por los turcos Seldjucidas, se decidieron á pedir la paz á los cristianos, siendo consecuencia de ella el cange inmediato de los cautivos hechos por ambas partes. En tales circunstancias fué necesario á unos y otros nombrar encargados que solventasen las muchas dificultades que á cada paso se ofrecían, y á nadie se consideró mas digno que á mi amigo de representar al rey de Jerusalem cerca del sultan Abou-Ali, ó mas bien del visir Afdahl, que era en realidad el verdadero jefe del Estado. A pesar del elevado carácter de que Gilberto se hallaba revestido, conservó la costumbre adquirida durante su cautiverio, de visitar las caravaneras, bazares ó mercados, en que yacian esperando comprador los infelices esclavos de todas naciones, consolándolos en sus trabajos, infundiendo mansedumbre en su corazon, y socorriendo con largueza su miseria, en cuanto permitian sus facultades. Pero donde con mas anchura podía desplegar el ardiente celo de que se hallaba poseído, era en las habitaciones del Serrallo (1), abiertas á su caridad, merced al influjo de que gozaba. Allí, prodigando suaves y persuasivas razones, calmaba las amarguras de la servidumbre, enalteciendo á los ojos de aquellos hombres envilecidos, su propia condicion, enseñándoles á considerarse tan dignos y elevados como sus señores, segun la santa doctrina de un Dios que se ofreció en sacrificio lo mismo por el siervo que por su dueño, á quienes dará castigo ó recompensa futura sin atender á mas que á sus buenas ó malas acciones.

Se retiraba una mañana despues de haber cumplido su caritativa mision, atravesando un patiecillo poco frecuentado, cuando le pareció ver abrirse apenas una corta rendija en cierto falso postigo, y salir por ella, silenciosa como un copo de nieve, una mujer tapada, jóven segun su esbelteza y soltura de movimientos, que acudiendo á cogerle por la capa, besando ansiosa la cruz cosida sobre el hombro izquierdo, al mismo tiempo le decia en idioma siríaco:

—Bien haya este divino talisman que llevas sobre el albornóz ¡oh nazareno de la barba dorada! Bendiga el poderoso Allah tus labios encendidos como los capullos de rosa temprana, de donde brotan palabras de inesplicable dulzura, que guardo dentro de mi corazon como la tierra de Bahr-el Châm (2) absorbe con ansia el fresco rocío que la refrigera y da vida cuando el sol, durante la luna de Xawal (3), deseca los terebintos y almeces del huerto regalado. Déjame, pues, poner mi boca en el polvo que ha pisado tu planta, porque sin duda eres el nuncio de la gracia del Señor, como la estrella de la mañana lo es de la luz que ha de dar nueva vida al universo.

Apresuróse Gilberto á detener á la ismaelita en su reverente y apasionada porfia, diciéndola con interés:

—¿Qué haces? imprudente. ¡Una mujer á solas con un cristiano en lugar oculto! Dime pronto si puedo favorecerte en algo, y vuelve sin detencion á encerrarte en el harem, del cual has salido á riesgo de la vida. Toda tu sangre derramada, no seria bastante á espiar un solo momento de tardanza.

(1) No se olvide que la palabra Serrallo siempre ha designado entre los musulmanes, especialmente desde la aparicion de los turcos, palacio ó casa grande, y por antonomasia se conoció y conoce con este nombre la residencia del soberano, y no el *harem* ó departamento de las mujeres.

(2) País de la izquierda: Siria.

(3) Julio.

—Lo sé, continuó la jóven, y á pesar de todo estoy tranquila, suceda lo que quiera, y no abandonaré tu lado sin que sepas lo que tengo que decirte. Allá en mi hermoso país, era hija del emir de Saida, y me llamaban Azzahara (1); pero desde ahora solo quiero nombrarme hermana tuya y tomar tu nombre: si, tu hermana, como hija de la virgen Maryem, de quien todos lo somos, segun te he oido explicar en varias ocasiones oculta detrás de las celosias de mi ventana. Fui cautivada por los soldados del sultan de Egipto, que mañana hace conmigo un presente al Imam supremo (2) del Cairo. En tal situacion, solo puedo verter amargo llanto y rogar á la piadosa Madre, que no he conocido hasta ahora, ponga término á mi dolor y remedie mi desventura. Tú, en tanto, hombre que profesa la fé de Jesus, caballero de Afranc (3), ya sabes dónde existe una mujer desgraciada que reclama tu ayuda para librarse del envilecimiento en que tratan de sumirla.

—Corto es el tiempo y mi poder escaso, respondió Gilberto, pero á lo critico de las circunstancias opongamos nuestro firme propósito de combatir las con valor, confiados en el favor de Dios, que nunca falta á quien en Él pone su esperanza. Atiende bien la que nos ofrece desde luego. El grande Imam á quien estás destinada es un viejo decrépito y valetudinario, de suerte que solo serás en su poder un objeto de lujo, y nunca en realidad su esposa ú odalisca: marcha tranquila á poder de tu apacible dueño, mientras yo quedo resuelto á proporcionarte libertad en la primera ocasion favorable.

—Soy tu sierva; hágase como dices, contestó la jóven con resignacion: Allah te guarde, nazareno. Y disponiéndose á partir por donde habia llegado dió algunos pasos en esa direccion.—Pero ¡qué loca soy! añadió volviendo otra vez, aun no has visto mi semblante y es natural que desees conocerme. ¿No es verdad que anhelas contemplar el rostro de tu querida hermana? Bien puedo levantar el velo sin temor, pues los varones de tu raza no afrontan con sus miradas como los hombres del Islam.

Descubrióse Azzahara, dejando admirado á Gilberto la peregrina hermosura de su rostro agitado por la emocion, iluminado por la brillante aureola que la virtud comunica, interesante con las lágrimas. Como un sueño celestial pasó desvanecida, ocultándose con prisa detrás del postigo por donde llegó encubierta.

II.

Aunque por espacio de muchos dias atormentó Becket su imaginacion buscando medios de libertar á la bella sarracena que le habia confiado su porvenir, no consiguió encontrar arbitrio alguno que mereciese tomarse en cuenta, antes bien parecian renacer dificultades contra el buen logro de su deseo, hasta el punto de hacerle desmayar en su determinacion, vista la dificultad que presentaba conducirla á próspero desenlace. Desde un principio habia procurado enterarse de cuanto con Azzahara aconteciese, por ver si algun incidente imprevisto abria camino, siquier fuese penoso, al remate de la empresa en que se hallaba empeñado, y como mantenía relaciones con el grande

(1) Flor.

(2) Imam; lo mismo que párroco entre los musulmanes. Grande Imam es el superior de todos ellos; doctor de la ley, y sugeto de reconocido saber.

(3) Europa.

Imam y su familia, supo con certidumbre que el anciano sacerdote del mahometismo había elevado á la niña al título de primera esposa, con el fin sin duda, pues no se puede suponer otra intencion en sugeto tan grave, de comunicar algun calor á su helada ancianidad, siguiendo en esto la idea saludable que movió al santo rey David en sus últimos años para recibir en su lecho á la jóven Abisag de Sunám. Pero si bien el estado ambiguo en que suponía el caballero colocada á su protegida le tranquilizaba algun tanto, no disminuían los inconvenientes por eso, pues el viejo apreciaba en extremo á su linda compañera, jachas de la edad! tanto por su notable mérito como por ser regalo del califa, y nada en el mundo le hubiera hecho desprenderse de ella, aun cuando Gilberto lo hubiera solicitado, viendo acercarse el tiempo en que tendria que abandonar el Cairo para trasladarse á Jerusalem á dar cuenta al rey Balduino de su mision cerca del sultan.

Agitado con estas contrariedades se hallaba una madrugada nuestro amigo, cuando le pareció que las voces con que los muezzines (1) anuncian á los musulmanes las horas de la oracion, eran mas repetidas de lo acostumbrado; fijó la atencion, y asomándose á una ventana oyó claramente gritar de todos los alminares: «¡Fieles creyentes, Allah es grande: el Imam supremo ha muerto!» La noticia era tan halagueña y resolvía de tan favorable manera su cuidado, que tuvo que arrepentirse del regocijo que sintió al escucharla. Sin quda ninguna las mujeres del difunto serian puestas en venta, si acaso por caridad no las habia declarado libres en sus últimas disposiciones, ó tal vez, segun con frecuencia acontecia, los hijos lo verificarian respetando la memoria de su padre, dando lugar cualquiera de estos acontecimientos á un cambio feliz en la suerte de Azzahara. Dispuesto á no desaprovechar los momentos, partió inmediatamente para la casa mortuoria, situada en las afueras de la ciudad á las orillas del Nilo, donde supo con evidencia todos los pormenores que le interesaban poner en claro. Con efecto, el doctor de la ley había fallecido á impulsos de un ataque repentino, que solo le dejó espacio para investir al jefe de sus eunucos, á presencia de algunos amigos, del encargo de interpretar su voluntad postrera, bien persuadido lo haria con arreglo á sus intenciones, en tanto que los legitimos herederos acudiesen á tomar posesion de la herencia que resultase, deducida la parte que el testamentario eligiese á su albedrio en premio de su trabajo y como recompensa de sus buenos servicios (2). Esta declaracion habia sido formalizada inmediatamente á presencia del cadí, y con asombro de todos, Safiar (este era el nombre del eunuco) solo se habia reservado la última mujer de su señor, cediendo los demás bienes á los parientes de su antiguo dueño, por órden riguroso de primogenitura.

Estrañando Gilberto la singular estrella de Azzahara, empeñada en hacerla pertenecer á quien solo nominalmente podia llamarse poseedor suyo, y no acertando á darse explicacion satisfactoria del raro desprendimiento usado por el eunuco, determinó avistarse con él y proponiéndole la venta de su nueva esclava, salir desde luego de incertidumbres.

Encontróle hosco el semblante y breve la palabra, abs-

(1) Muezzin ó almuédano: encargado de anunciar á los sectarios del Profeta, desde los alminares ó torres de las mezquitas, los momentos del día señalados para las oraciones.

(2) Téngase presente que entre los orientales era cada uno dueño de disponer libremente de su propiedad segun le pareciese.

traido en profunda meditacion y como contrariado por la presencia ajena, sin prestar atencion á cuanto pasaba alrededor; mas apenas llegó á enterarse del objeto que alli conducia á Becket, fijó en él los redondos ojillos de hiena animados de una claridad fosfórica, y su carnoso rostro demasiado afeminado para ser feroz, tomó una espresion de rabia solapada tan repugnante, que no pudo menos el cristiano de retroceder algunos pasos, sin embargo de ser hombre de ánimo sereno.

—¡Venderla! exclamó Safiar. ¿Sabes tú que todo el oro del pais de Iran, cuantas perlas oculta el golfo de Ormuz y los perfumes que el Yemen produce, no serian suficientes á pagar esa flor de cáliz embalsamado, por quien los hijos del Profeta cederian el Paraiso, si les fuese posible elegir?

—Conociendo el subido mérito de la esclava que solicito, repuso Gilberto, vengo resuelto á tasarla en lo que vale, pues de no contar con suficiente cantidad haria venir de los depósitos de Ascalon el número de cautivos escogidos suficiente á dejarte satisfecho, dándotelos en cambio de ella.

—¡Nunca! añadió el eunuco; Azzahara es el tesoro que ambiciono, la luz que alumbrá la noche de mi desgracia, el aliento que respiro: antes permitiria me arrancasen las entrañas que separarla de mi lado: jamás conocerá otro dueño que yo. Marcha, nazareno, nada te resta que hacer aquí.

—¿Dueño tú de Azzahara has dicho? contestó el caballero á punto de impacientarse al ver el despreciativo ademán con que Safiar acompañó las últimas palabras. ¿Estás loco por ventura ó has creído que vengo de burlas? ¿Desde cuándo los ladradores canes pueden figurarse cultivado para ellos el ameno pensil á cuya puerta se revuelcan amarrados á su cadena? Vuelve en tí, desgraciado, y recobra el uso de la razon, ya que te encuentras fuera del órden de la naturaleza.

—Si en otra circunstancia cualquiera me hubieses dirigido los crueles insultos que acabas de proferir, gritó el eunuco en el paroxismo del furor levantándose temblando de cólera, tu vida hubiera sido corta satisfaccion á mi venganza.....

—Ten presente, envilecida criatura, repuso Gilberto sin dejarle seguir, que me encuentro bajo la salvaguardia del sultan, ni me obligues á demostrarte lo que puede la mano de un hombre contra un miserable como tú.

—Espera hasta mañana, perro infiel, y conocerás donde llega mi valor. Pronto ahogaré el infierno que sentí encenderse dentro del pecho á la vista de esa mujer encantadora, nacida para mi tormento, y sin embargo tan indispensable á mi existencia. Entre ella y yo hay sin duda una especie de lazo mágico que nos une de una manera indisoluble. Y sino, dime ¿por qué de tantas beldades puestas á mi cuidado, esta solo ha logrado enloquecerme hasta el punto de que hubiera asesinado á mi anciano señor, á no haberle puesto á cubierto de mis celos su avanzada edad y ordinarios achaques? Y ahora que la tengo en mi poder; que me pertenece..... ¡Oh deseos irrealizables, manantial perenne de horrenda desesperacion, cerca estais de acabar; pero tambien ella morirá! ¡Dejarla libre para disfrutar con otro dueño una vida de amor que nunca pude prometerla! es imposible y no sucederá. Antes de apuntar el alba una barca nos recibirá á entrambos á orillas del Nilo, y abandonados á su turbia corriente, despues de levantadas las compuertas preparadas al efecto, unidos bajaremos al abismo, encontrando sepultura en sus aguas los que sobre la tierra no pudieron unirse.

Despues de haber empleado en vano algunas razones

para disuadir al ruin eunuco de la horrible combinacion que revelara, y desconfiando apartarle de ella vista la especie de vértigo que le dominaba, apresuróse Gilberto, una vez fuera de la estancia, á dirigirse al palacio del visir en busca de poder bastante que le prestase auxilio.

Ya era pasado el medio día, y el sol lanzaba desde el zenit sus rayos abrasadores sobre cuanto dotado de vida no se apresuraba á resguardarse de ellos: un polvo rojizo, menudo y sofocante que se levantaba á su paso, secaba las fauces del caballero é irritaba su vista haciéndole aparecer los objetos como al través de un cristal teñido de púrpura, y, sin embargo, su paso era cada vez mas apresurado, porque la distancia que tenia que recorrer era grande, el tiempo no daba lugar á espera y de su diligencia pendia quizá la salvacion de una infeliz, sacada por él de las tinieblas del error á la luz de la verdadera fé, en la que aun podria vacilar si el peligro se presentaba inminente: todo, hasta la galantería, que es para los hombres bien nacidos otra segunda religion, contribuía á dar aliento á Becket para seguir su camino; hubiera muerto desfallecido sin que su espíritu desmayase. Por fin, al cabo de dos horas de penosa marcha, traspuso el dilatado laberinto de calles, jardines y hasta deshabitados que en las grandes ciudades de Oriente hacen inmensa la travesía, y llegó á los umbrales del palacio de Afdahl. Hallábase éste ocupado en negocios de sumo interés y no pudo recibirle á pesar de sus vivas instancias: no le quedaba otro recurso que aguardar la hora del paseo, en que el visir era accesible para cualquiera. Devorado de impaciencia esperó largo rato antes de que el movimiento general acompañado del estruendo producido por los herrados piés de los caballos de la comitiva del ministro resonando en los patios interiores, anunciase á Gilberto su deseada presencia y la ocasion oportuna de adelantarse á suplicarle.

—¡Gracia, señor! exclamó inclinándose delante del visir, dominando con su voz todos los ruidos que llenaban el espacio.

Detuvo su alazan el gobernador, necesitando fijar bien la mirada en quien así atajaba su paso, para reconocer en aquel pretendiente empolvado y trémulo al favorito del terrible Balduino, con el cual tantas cuestiones de interés había llevado á su término, no sin hacerle poseedor de secretos de alta importancia; mas apenas reconocido, tocóle en la espalda con su vara de ébano en señal de proteccion, diciéndole con afabilidad:

—¡Cómo es eso, mi franco, bueno y fiel! ¿Qué urgente necesidad te conduce al extremo de implorar mérced en medio del camino? ¡Por vida de Ismael que juzgué al pronto fueses algun pobre calender (1) colocado á propósito para escitar la caridad de los pasajeros! A mi lado cabalgarás lo que falta de día, y al regreso, concluida la oracion de la noche, quedará satisfecha tu peticion.

—Señor, repuso Gilberto, escúchame ahora, porque luego será tarde.

—¡Nunca cierras los oídos á la querrela del abatido, porque sus lamentos clamarán contra tí en el último día! dice el libro santo hablando con los poderosos, añadió el visir

(1) Secta mahometana fundada por Yussuf, árabe de Andalucía, que se dió el nombre de Calender (oro puro). Especie de monjes mendicantes que se obligan á viajar continuamente y á la práctica de un sin número de austeridades. En el día son despreciados y aun perseguidos por su conducta relajada y la parte activa que han tomado en varias turbulencias suscitadas en Oriente.

echando pié á tierra. Entremos en el serrallo donde podrás explicarme tu pretension.

Así lo hizo Becket, denunciando al magnate con elocuencia breve y sencilla las terribles circunstancias de la desgracia próxima á realizarse, su empeño por evitarla, y para conformarse en cierto modo con las ideas mahometanas, el vivo deseo que le dominaba de ser poseedor de la esclava destinada á muerte tan cruel. Pero ni un solo gesto, ni la señal mas leve de sorpresa reveló en el semblante del gobernador le hubiese causado estrañeza la noticia, antes bien una constante sonrisa agitó sus labios desde el principio hasta el fin de la narracion, que al parecer sintió ver terminada por lo gustosa que la encontraba. Y era muy natural este modo de juzgar en un sarraceno. Safiar, como dueño de Azzahara, podia disponer de su vida; tambien usaba de un derecho natural dándose la muerte cuando bien le pareciese. ¿Qué había que oponer á entrambas cosas? Se reconocia al califa como señor de la existencia y bienes de sus vasallos, pero no se estendia su autoridad á impedirles matarse cuando lo creyesen conveniente, por esto fué que, vendiendo Afdahl su proteccion como una gran muestra de amistad al caballero cristiano, le dijo:

—Cediendo á tus deseos, voy contra lo acostumbrado á entregarte esa huri que tanto apetece; mas advierte que debes considerar en ella una constante deuda de gratitud hácia los descendientes de Fátima, que te obliga á interponer tus buenos oficios cerca del rey Balduino, para que nunca ayude con sus armas á los hombres de Seldjouk (Dios los maldiga), en lo demás seguirá el asunto su marcha sin alteracion alguna.

Dicho esto hizo llamar á uno de los escribientes, que siempre estaban apercebidos, y sacando de un cerrado armario colocado á sus espaldas una finisima vitela, en cuyo frente lucia la rúbrica y sello del sultan, comenzó á dictar al notario, que sentado sobre la alfombra y fijos los brazos en una mesa pequeña, esperaba sus mandatos prevenida en su mano una delgada cañaheja, la siguiente orden ó firman, como se diria actualmente:

«He aqui lo que ordena este signo imperial, cuyo poder procede de la asistencia divina.

«Abou-Ali-Almansour Amer-Biakam (el Señor sea con él), nieta esclarecido del Profeta: ha sido enterado del fallecimiento del santo Imam Ben-Mohammet (Dios le ayude) y de las disposiciones tomadas por el eunuco Safiar, autorizado segun declaracion del difunto para interpretar su voluntad última. El jefe supremo de los creyentes aprueba la conducta del siervo leal; escepto en lo concerniente á la esclava Azzahara, cuya suerte se reserva. En consecuencia de esto, encarga á tu cuidado, Malek-Arif (1), que mañana antes de salir el sol, quede dicha esclava fuera del poder de su actual amo, como tambien cumplida la determinacion adoptada por Safiar acerca de sí propio.

«Escrito en el serrallo de Misr-el-Kahira (2) el día tercero de la luna de Saphar (3) año 507 de la égira.»

Concluida su tarea dióla el amanuense al visir, y habiéndola este leído se la devolvió para ser arrollada y puesta en una caja de madera olorosa, que pasó el gobernador á manos de Becket despues de haberla colocado con reverencia sobre su cabeza, diciendo al mismo tiempo:

—Bien conoces á el arif á quien se encomienda cumpli-

(1) Oficial que mandaba cuarenta soldados.

(2) El Cairo.

(3) Agosto.

mentar este mandato, entrégasele y marcha con él á ponerle en ejecucion y recibir esa mujer objeto de tus deseos, que te otorgo en nombre del sultan justo y misericordioso.

—Dios le prospere y aumente la dicha de tu casa, respondió Gilberto inclinándose profundamente antes de volver la espalda para retirarse con ligero paso.

—Escucha, nazareno, prorumpió el visir cuando ya se hallaba aquel cerca de la puerta, fija bien en tu memoria todos los pormenores del suceso que vas á presenciar para referirmelos á tu regreso, porque á fé mia, la historia es agradable y no podrá menos de distraerse el califa con la narracion que yo le haré de ella.

Prometido así por el cristiano, fué sin demora en busca de el arif para entregarle el sagrado firman y marchar ambos á la casa donde habian de tener cumplido efecto las órdenes rigurosas del representante del Profeta.

Como cosa de media noche seria cuando llegaron acompañados de buen número de gente de guerra á turbar el impasible estoicismo en que se hallaba sumergido el apasionado eunuco, esperando sino con tranquilidad, pues ya hacia tiempo la pusieron en fuga sus estériles deseos, con toda la terrible calma que suele acompañar á los suicidas, el primer tinte de luz en el horizonte que viniese á anunciarle era llegada la hora de apagar en las revueltas aguas del Nilo el inútil fuego en que su pecho se abrasaba, arrastrando en ciego frenesí la inocente beldad, malaventurado objeto de sus torpes deseos; pero á bien que los dos comisionados de ponerlos á raya, estimulados á porfía, uno por ganar opinion de cumplido ejecutor, otro por sus buenas intenciones, troncharon sin piedad el árbol venenoso que sostenia la criminal esperanza del esclavo, poniendo á la hermosa convertida á salvo de sus locas iras, é intimándole de paso tributase á la consideracion del magnífico sultan fervientes acciones de gracias por haber determinado sufrirse solo la muerte que tanto le agradaba, ya que no era conveniente llevase en ella compañía.

En vano fué para evitar su destino que aturdiese la casa con ágras lamentaciones, abandonándose á escesos de cólera imposibles de pintar, antes al contrario, escandalizado Malek de la poca conformidad que manifestaba, cabalmente en ocasion de recibir tantos beneficios de su señor, dispuso fuese metido, sujeto de piés y manos, en un saco de cuero, y lanzado á la corriente en una barquilla agujereada. Dos hombres la condujeron hasta ponerla en el centro del raudal: entonces quedando inmóvil empezó á llenarse de agua, describió con lentitud algunos círculos como vacilando falta de apoyo, y por fin desapareció de la superficie á tiempo que los barqueros ganaban á nado la ribera.

Esta relacion fué tan gustosa para el califa que recompensó á sus autores con ricos dones en gracia de haber aliviado el tedio que le molestaba de continuo.

Al llegar á este punto de su verídica historia fué invitado el peregrino por el noble infanzon Adefonsus, á suspenderla un tanto para tomar respiro y humedecer sus labios con el agradable licor que en ancha copa dispuso le sirviesen. Corta detencion hizo el romero, pues la curiosidad del auditorio era grande por saber el fin de tan extrañas aventuras; visto lo cual y obrando como prudente, quiso hacer alarde de cortesía ya que perdiera plaza de discreto, volviendo á tomar en breve la palabra en la forma que se verá en el cuadro siguiente.

DIONISIO CHAULIÉ.

(Se continuará).

EL TORO

MAS FUERTE QUE LOS TIGRES Y LEONES.

En España y en nuestro siglo se ha dado al pueblo el espectáculo de la lucha de un toro con varios de los animales mas fieros del Africa, y se ha visto con asombro salir vencedor al toro como lo han presenciado muchos hace unos tres años, sino que ya en Francia en otro siglo en el del célebre Luis XIV, se habia visto vencer una vaca en buena y leal lucha á una tigre, á un leon y á un lobo.

Cuando la historia ha consignado este suceso que nosotros vemos perfectamente comprobado, no tendrán nuestros descendientes dificultad en creer las proezas del toro *Señorito* que en la plaza de Toros de Madrid, destrozó con sus astas apenas se le presentó un tigre real de Bengala. Magnífico animal, que por su hermosura escitó la simpatía de todos, no obstante los frenéticos aplausos con que fué celebrada su muerte porque el vencedor era español de pura raza, y de la ganadería del duque de Veraguas.

Transportémonos á Francia y al palacio de Versalles para asistir á esta lucha de un toro con los animales reyes del Africa. Era el año de gracia de 1682.

Aguardaba la Francia con impaciencia la hora en que la Delfina iba á dar á luz un príncipe. Versalles se hallaba conmovido hasta en sus cimientos. Toda pasion, toda cualquier otra curiosidad habia cesado. Por todas partes marchaban correos avisando que la Delfina se hallaba de parto, y de todas partes acudian los grandes oficiales de la corona al palacio, cuya entrada presentamos perfectamente dibujada á nuestros lectores.

La Delfina dió felizmente á luz un príncipe, que desde su nacimiento fué saludado con el nombre de duque de Borgoña.

Con delirio, con frenético entusiasmo, recibió la Francia el nacimiento de aquel príncipe que iba á tener tan brillantes cualidades y á quien, sin embargo, Dios no habia de permitir que se sentase en el trono de su abuelo el gran rey Luis XIV.

Grandes fueron é innumerables las funciones que se celebraron por su nacimiento, y en las que se desplegó una fabulosa magnificencia.

El gobernador de Vincennes Lauzun, quiso celebrar de un modo particular el nacimiento del duque de Borgoña, y un día que de caza llegó allí el Delfin con el príncipe de Conti, otros cortesanos y dos embajadores del rey de Marruecos, mientras les obsequiaba con un opíparo almuerzo, de resultas de la conversacion que tuvieron en la mesa, improvisó en el acto una funcion extraordinaria que distrajo mucho al Delfin, que ha conservado la historia y de que nosotros somos hoy sencillos narradores.

Los dos embajadores del rey de Marruecos que se alojaban además en Vincennes, habian traído para la casa de las fieras de Versalles, una tigre, un tigre, un leon y dos elefantes. Los animales y los embajadores aguardaban en aquel sitio á que el rey Luis XIV, tuviese la bondad de señalar dia y hora para su recepcion.

Durante el almuerzo se habló largamente de las bestias feroces del Africa, exaltando cada cual á porfía su valor y su fuerza.

—Señores míos, exclamó el señor de Lauzun: escrito está, que á luengas tierras, luengas mentiras. Seguramente

la tigre, el tigre y el leon del rey de Marruccos no son de desdeñar: pero yo tengo aquí una simple vaca que todos los dias me da un vaso de leche, porque tengo muy malo el pecho, y apuesto á qué puede mas y hará frente á todos esos tigres: apuesto uno contra veinte.

—¡Va la apuesta! exclamó el Delfin: ¡tengo curiosidad de ver un tigre devorado por una vaca!

—Corriente, replicó Lauzun, á condicion de que vuestra alteza me garantizará contra la cólera de su majestad, si por desgracia se incomodase su majestad de este triste fin de su tigre y de su leon: además me remito en todo esto á los señores embajadores del rey de Marruecos.

A lo que los embajadores respondieron. apenas con un

gesto y una mirada desdeñosa, diciendo por lo bajo en su lengua y con una risita:

—¡Una vaca, un tigre, un leon!

Todo se dispuso inmediatamente para aquel encuentro. Se hizo primero combatir uno tras otro, á perros contra un oso: el oso despanzurró los perros, pero fué despanzurrado por la vaca. Cuando llegó su vez á la tigre, perro, vaca y leon, todo refunfuñó. La fiera estaba soberbia, entraba en aquel torneo segura de su victoria. Cuando vió que todo huia delante de ella, no hizo ni un movimiento. Estaba parada á la estremidad del foso aguardando lo que iba á suceder. Entonces fué cuando el señor de Lauzun, echó su vaca al mónstruo. Era una vaca bretona, de pelo



La vaca bretona, el leon, y el lobo.

arrasado, de hocico negro, y relucientes y bien afilados cuernos. Al aspecto de la tigre pareció echar una mirada dulce y firme á la concurrencia y tranquila y resignada aguardó.

Entonces se vió en aquel foso de Vincennes una cosa extraña y que tantas gentes honradas atestiguan: la fiera del rey de Marruecos se arrastró hasta la vaca, y de repente herida en los dos ojos, dió grandes rugidos. En aquel combate, sin ejemplo, la africana estaba furiosa, y la vaca bretona tranquila. Aquella llenaba con sus feroces rugidos el famoso castillo de Vincennes. Al fin la vaca abrió el vientre á la tigre, que cayó muerta á los piés del Delfin, y con indiferencia se echó despues en la ensangrentada arena y se puso á rumiar.

Aquellos jóvenes señores, grandes cazadores de venados y de reses en los montes y bosques, jamás se habian encontrado en semejante funcion, y el señor de Lauzun ofreciéndoles su desquite á parte igual, les dijo:

—¡Soltad el tigre!

Y el tigre despues de un momento de temor, dió un salto sobre la vaca jadeante y fatigada aun de su lucha heroica. Destrozóla el lomo y en poco estuvo que no se lo arrancase con su feroz diente.

—Amigo Lauzun, dijo el principe de Conti, tu vaca ha encontrado lo que necesitaba.

Apenas acababa de pronunciar este reto, cuando la vaca bretona, aunque cojeando, abria de medio á medio al tigre con sus dos cuernos por el vientre y lo arrojaba al aire